HARLEQUIN™

Saga «Escándalos de sociedad»

MEG ALEXANDER



Deuda de amor

Meg Alexander



Deuda de amor

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2001 Meg Alexander. Todos los derechos reservados.
DEUDA DE AMOR, Nº 24 - 4.7.07
Título original: The Reluctant Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5342-2
Depósito legal: B-24546-2007
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 31.12.07
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

1811

La mayor de las dos damas sentadas junto a la chimenea de la pequeña casa de campo estaba visiblemente angustiada, como evidenciaban las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas mientras miraba a su cuñado.

—¡Dime que no es cierto! —le suplicó—. ¿Isham tiene que quedarse con todo? ¿También con mi dote y la parte que les corresponde a las niñas?

Sir James Perceval dudó un momento. Odiaba la tarea que tenía por delante, pero sabía que tenía que llevarla a cabo.

—No se puede hacer nada —dijo finalmente—. Isabel, querida, tienes que prepararte para lo peor. He intentado salvar todo lo posible, pero la deuda es demasiado grande. Cuando dije

que lo perderías todo no sólo me refería a la casa, al carruaje y los caballos…

—Todo eso no me importa —atajó la señora Rushford, desestimando las comodidades que la habían mantenido durante toda su vida—. ¡Pero mis niñas…! ¿Quién se hará cargo de ellas? ¿Y cómo vamos a vivir? —alargó un brazo hacia la silenciosa figura de su hija—. India… nos hemos quedado en la ruina.

Entonces, para horror de los presentes, soltó una carcajada histérica.

India se levantó y, tras hacer sonar la campanilla, tomó las manos de su madre y le habló en voz baja.

—Estás agotada, mamá. Deja que te acompañe a tu habitación. Martha te lavará la cabeza con agua de Hungría y te calentará los pies. El tío y yo nos ocuparemos de esto. Tiene que haber algo que podamos hacer…

La rodeó con un brazo por la cintura y la sacó del salón.

Tardó un largo rato en volver, y se apresuró a tranquilizar a sir James.

—Mamá está descansando, pero he enviado a Letty a que avise al médico. Un sedante le sentará bien. Ha sido una conmoción… después de todo lo que ha tenido que soportar últimamente.

—Se lo habría ahorrado si pudiera, querida,

pero fue imposible. Es un mal asunto, y lamento que se lo haya tomado así.

India asintió.

—Me temo que las noticias sobre su dote han sido la gota que ha colmado el vaso. Los últimos cuatro meses desde la muerte de mi padre han sido una pesadilla. Y luego están los planes que tenía para nosotras…

—Lo sé, mi querida niña. Sabe Dios cuánto he intentado salvar vuestra parte, pero la deuda era demasiado grande. La palabra de tu padre lo comprometió incondicionalmente, y las deudas de honor hay que pagarlas.

—¿Honor? —repitió India con dureza—. Perdóname, tío, pero no veo ningún honor en todo esto. Isham debía de saber que mi padre no podría pagar una suma semejante. Es un perro, y si yo fuera hombre ya lo habría retado a un duelo.

La expresión de sir James se tornó severa.

—Me temo que no lo entiendes. Si un hombre se sienta a la mesa de juego, sus compañeros no pondrán en duda su solvencia y darán por hecho que puede afrontar sus deudas. De lo contrario estaría cometiendo un fraude.

India guardó silencio. En el fondo de su corazón sabía que lord Isham no era el único responsable de aquel desastre. Por primera vez en su vida, empezaba a darse cuenda de que su ado-

rado padre, con todo su encanto y buen humor, carecía del sentido de responsabilidad hacia su familia. La dura realidad era que se había gastado en el juego, no sólo todos sus bienes, sino una fortuna que no tenía.

Sabía muy bien que la ley no estaba de su parte. En lo que concernía a sus propiedades, una esposa no tenía derechos. El marido podía disponer de su hacienda como quisiera. Pero ¿cómo podía su padre haberlas dejado en la indigencia?

Su expresión debió de reflejar su amarga desolación, pues su tío le habló con delicadeza.

—Ojalá pudieras entenderlo. A los sastres, tenderos y obreros los puedes dejar esperando para saldar sus cuentas, pero las deudas de juego deben ser pagadas de inmediato.

—Muy bien —dijo Serena rígidamente—. Se le pagará como es debido, aunque me gustaría saber qué hará con el dinero. No hay ningún hombre en Londres que lo necesite menos que él.

—Ésa no es la cuestión, querida. Su señoría se mostró muy comprensivo al daros tres meses, cuando podría haberos echado de casa al momento.

—¡Cuánta amabilidad por su parte! —espetó India—. Seguro que estaba impaciente por tomar posesión de su nueva propiedad. Debe de ser muy emocionante cambiar uno de sus palacios por una casucha como Grange.

—Grange no es una casucha, India —dijo sir James, mirándola tristemente—. Pero ya sé que esta casa…

—¡Soy una miserable, tío! —exclamó India—. Por favor, no vayas a pensar que no te estamos agradecidas por darnos alojamiento. Aquí estaremos muy bien… —la voz se le quebró ligeramente, pero se esforzó por continuar y esbozó una breve sonrisa—. Cultivaremos frutas y verduras… Incluso estoy aprendiendo a cocinar.

Sir James pareció horrorizado.

—Pero no hay ninguna necesidad, querida. Creía que Martha…

—Martha es una excelente doncella, pero es una inútil en la cocina. No es tan difícil… Hester me ha traído un ejemplar del libro de la señora Runde, y lo estoy siguiendo al pie de la letra.

—Aun así, no es una tarea digna para ti. Enviaré a alguien desde Hall.

—¡No, por favor! No lo hagas. Ya te debemos demasiado…

—Ojalá pudiera hacer más. No os faltará la comida ni el carbón, y podréis usar el carruaje cuando lo necesitéis. Siento mucho que hayáis perdido la casa, pero mis limitados recursos me impedían hacer frente a esa deuda. De lo contrario, habríais acabado la temporada social en Londres y…

—No. ¿Cómo podríamos habernos quedado en Londres? Después de la muerte de mi padre los rumores habrían bastado para echarnos.

Sir James la miró con preocupación. ¿Cuánto había oído India? Él había hecho todo lo posible por proteger a la familia de su esposa de los cotilleos de Londres, pero los rumores se habían propagado por las clases altas como un fuego incontrolado.

Pero, con o sin rumores, India se había quedado destrozada. Para su padre siempre había sido la niña de sus ojos, y él había sido como un dios para ella. Un ídolo con pies de barro, como finalmente se demostró.

La muerte de Gareth Rushford había supuesto un trauma para toda la familia, pero lo que vino a continuación fue aún peor. Sir James maldijo mentalmente a Rushford. Durante muchos años había sabido que aquel estilo de vida despreocupado y disoluto descansaba sobre una pirámide de deudas, y aquella fatídica noche en White's toda esa pirámide se había venido abajo, con consecuencias desastrosas para la familia.

India volvió a hablar. Era evidente que le costaba articular palabra.

—¿Has oído algo más? Sobre el accidente, me refiero.

—¡Nada! —respondió rápidamente su tío. India nunca debía conocer la verdad. Los rumores

eran ciertos, como él mismo se había encargado de comprobar.

Al verse arruinado, Rushford se había quedado bebiendo en el club hasta altas horas de la madrugada, hasta que salió tambaleándose a St. James's Street. Nadie sabría nunca si se colocó deliberadamente en el camino de un carruaje, muriendo en el acto bajo los cascos. ¿Había querido que pareciera un accidente para ahorrarle a su familia la vergüenza de un suicidio?

No había mucho que pudiera decir para consolar a su sobrina, pero lo intentó de todas formas.

—Estaba muy oscuro, y seguramente no vio el carruaje hasta que lo tuvo encima. Al menos no sufrió.

—Pero ¿cómo es que no oyó los caballos? Todo me parece muy extraño…

—Mi querida niña, no debes torturarte con esas dudas. Quizá tu padre estaba distraído pensando en algo…

—¿En sus deudas de juego? Oh, tío, ¡cuánto odio el juego! Debería estar prohibido.

—Al menos en eso estamos de acuerdo, India. Como ya sabes, mi abuelo tuvo que vender su propiedad en pedazos para poder pagar sus deudas de juego, y ahora soy yo quien intenta recuperarla poco a poco.

—Lo sé —dijo India—. Hester me ha contado

cuánto has luchado por recuperar tus posesiones. Soy muy egoísta al pensar únicamente en nuestra situación, pero no dejo de preguntarme por qué los hombres arriesgan sus pertenencias a las cartas.

—No solamente los hombres, querida. El juego es el vicio de nuestro tiempo y también les gusta a las damas. Tú misma pudiste verlo cuando estabas en Londres.

—No prestaba mucha atención a esas cosas —confesó ella—. Había otras muchas maneras de entretenerse. Fiestas, bailes, conciertos…

Sir James alargó el brazo para tomarla de la mano.

—Tu vida será ahora muy distinta —le dijo tristemente—. Dime, durante la temporada social, ¿no hubo nadie que…?

—¿Alguien que se me declarara, quieres decir? —por primera vez India consiguió esbozar una sonrisa—. No, nadie. ¡Mírame, tío! Soy más alta que la mayoría de los hombres, y tampoco se me puede describir como esbelta. Creo que el adjetivo más amable sería «escultural». Mi pelo no es de color zanahoria, sino castaño rojizo, y unos ojos azules llaman mucho más la atención que unos de color avellana como los míos.

Sir James disintió de su opinión con una sonrisa.

—Sin embargo, sí que causé sensación una vez —admitió ella—. Cuando cometí la torpeza

de ofender a George Brummell, quien no tardó en hacerme un desaire. En vez de quedarme fascinada, como sería de esperar, me eché a reír. Me temo que no me lo perdonará jamás.

—Brummell es otro que vive más allá de sus posibilidades.

India se quedó callada. Aquel comentario le era demasiado cercano.

Su tío pareció notarlo y cambió rápidamente de tema.

—¿Cómo está Letty? —preguntó—. Espero que te sirva de consuelo en estos momentos.

—Está muy preocupada, pero no por nuestras pérdidas. Está enamorada. Creíamos que Oliver Wells le pediría su mano, pero ahora es imposible… Bueno, no sé.

—¿Wells? —sir James se quedó pensativo un momento—. ¿De los Wells de Bristol? Entonces no puede ser por una cuestión de dinero, y no le importará que Letty lo haya perdido todo. Yo mismo me casé por amor…

—Lo sé, tío, pero Oliver es muy joven y su madre es demasiado orgullosa. Quiere encontrarle una novia perfecta. Letty les ha enviado una nota poniendo final a su relación. Intenta ocultarlo, pero yo sé que se siente muy triste.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde está Giles? Esperaba encontrarlo hoy aquí. Hay que tomar muchas decisiones. ¿Has recibido noticias suyas?

—Giles se ha ido a Derbyshire —respondió India—. Los Cromford lo han invitado a quedarse una temporada.

—¡Tendría que haber declinado la invitación! —exclamó sir James sin disimular su enojo. Siempre había temido que Giles siguiera los pasos de su padre—. Su lugar está aquí, contigo.

India se mordió la lengua para no contestar, aunque su primer instinto fue salir en defensa de su hermano. Afortunadamente, Letty entró en aquel momento.

Su hermana estaba muy pálida y parecía agotada, pero le dedicó una sonrisa a su tío y se volvió hacia India.

—El médico ha subido a ver a mamá —murmuró—. Lo pillé cuando estaba a punto de empezar su ronda, y me trajo a casa enseguida.

—Muy bien —dijo India con una sonrisa alentadora—. Mamá necesita descansar. Cuando se sienta mejor le hablaremos de nuestros planes.

—¿Qué planes son ésos? —preguntó sir James, mirando con afecto a sus sobrinas y pensando que no podrían ser menos parecidas. Nadie se imaginaría que eran hermanas.

Letty era de estatura mucho más reducida que India, y tan delgada que parecía una criatura élfica con una rubia y corta cabellera rizada y unos ojos azul oscuro. Era muy hermosa, pero su belleza no podía compararse a la de India, con su

carismático rostro de recia mandíbula y regia frente. Llevaba el pelo recogido en un rodete, y bajo unas cejas sorprendentemente finas se enmarcaban en negras pestañas unos grandes ojos de color avellana.

Sir James sonrió para sí mismo. India se consideraba una mujer sosa y vulgar, sin el menor rastro de vanidad.

Pero, en cierto sentido, se había aprovechado del motivo de su carencia de proposiciones. A primera vista cualquier hombre podría ver que era una mujer a la que había que tener en cuenta, como demostraba su orgulloso mentón y la firmeza de sus labios. James suspiró. Las cualidades de India no eran precisamente las más buscadas en una mujer casadera. Como futura esposa no tenía muchas posibilidades.

Se lamentó, no por primera vez, por la proximidad de la escuela de la señora Guarding. Casi todas las chicas locales habían estudiado allí. Si hubiera sabido que su propia hija se vería expuesta a las ideas radicales de aquella abominable institutriz, habría enviado a Hester a un colegio más convencional para las niñas de la alta burguesía. ¿De qué le serviría a una mujer sensata saber griego, latín o filosofía? Tanto India como Hester se habían visto influidas por las subversivas enseñanzas de la señora Guarding y ahora se atrevían a hablar con el mismo descaro que un hombre.

Suspiró otra vez y volvió al asunto que tenía entre manos.

—¿Qué planes son esos? —repitió, dirigiéndose a Letty. Ella, al menos, sabía cómo debía comportarse una mujer respetable.

Letty sonrió, pero negó con la cabeza.

—India te lo dirá —dijo tímidamente.

—¿India?

—Estamos intentando tomar una decisión, tío —admitió India—. No podemos seguir confiando en tu ayuda.

Sir James no se sorprendió en absoluto. Comprendía muy bien que India despreciara lo que ella veía como caridad.

—¿Y qué decisión es esa? —insistió. Sabía que había muy pocas posibilidades para unas muchachas consentidas y mimadas que de repente se veían sin un penique—. Espero que no estéis pensando en abandonar a vuestra madre.

—Ayer me enteré de que una profesora va a dejar su puesto en la escuela de la señora Guarding. Puede ser una oportunidad para trabajar allí.

—¿Dando clases, querida? ¿Crees que te gustará ese estilo de vida?

—No se trata de que me guste o no —repuso India tranquilamente—. Ese trabajo nos permitiría quedarnos en el pueblo, lo que no sería posible si tuviéramos que emplearnos como damas

de compañía o institutrices. Y hasta que mamá no se recupere, no quiero pensar en dejarla —alzó la cabeza—. Me ha parecido oír un coche. ¿Se ha marchado el doctor sin hablar antes con nosotras?

—No es el médico —dijo Letty, quien había estado mirando por la ventana—. Tenemos otra visita.

—¿Algún conocido?

—No reconozco el carruaje. Pensé que podía ser alguien que se hubiera extraviado, pero Jesse Ekin está señalando nuestra puerta.

—Qué extraño —dijo India, y se puso en pie al tiempo que se oían unos fuertes golpes en la puerta—. Yo iré, Letty. Martha debe de estar en el piso de arriba.

No se imaginaba lo que la esperaba al abrir la puerta, pero la figura masculina que apareció ante ella la hizo retroceder con temor.

Era un hombre alto y corpulento, con un rostro bronceado y unos ojos oscuros que observaron a India de arriba abajo con una expresión de aprobación.

—¿Sí? —preguntó ella, rígidamente.

—Mi nombre es Isham —respondió el hombre—. Me gustaría ver a la señora Rushford.

Por un momento India se quedó demasiado aturdida para responder. Aquél era el causante de su desdicha, y presentarse allí de visita era de un

mal gusto intolerable. Sin duda había ido para regodearse con su desgracia. Pero India no estaba dispuesta a darle aquel placer.

—La señora Rushford no puede recibir visitas en estos momentos —dijo en tono glacial.

—Entiendo —murmuró él, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Y usted es…?

—Soy la señorita Rushford, y tampoco recibo visitas.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué está haciendo ahora? Señorita Rushford, lo que tengo que decir concierne a su familia. ¿No querrá escucharme, al menos?

—Nada de lo que diga puede tener el menor interés para nosotras —declaró India. Se dispuso a cerrar la puerta, pero una bota se lo impidió.

—Ésa es una opinión muy precipitada, teniendo en cuenta que no sabe de qué se trata. Veo que el coche de sir James Perceval está aquí. Hablaré con él.

—¡Es usted un insolente, señor! Le ruego que aparte el pie.

—¡De ninguna manera! No he venido hasta aquí para que me den con la puerta en las narices.

India le lanzó una mirada fulminante, pero no causó el menor efecto. No podía echarlo por la fuerza, y lo sabía.

—Muy bien —concedió finalmente—.

Puede ver a mi tío. No creo que intente imponer su voluntad sobre la de otro hombre.

Los labios de Isham se torcieron en una mueca irritante.

—Debe de ser muy duro ser una mujer indefensa —dijo—. ¿Me permite pasar?

India se apartó y marchó delante de él, con la espalda rígida como una farola. Se consoló pensando que aquella deleznable criatura recibiría su merecido en unos segundos. Sir James no toleraría ninguna grosería.

Pero se equivocaba. Sorprendida, vio cómo sir James se acercaba a su visitante con la mano extendida.

—¿Qué puedo hacer por usted, milord? —le preguntó—. No lo esperábamos hasta Año Nuevo.

—Este asunto concierte a su familia, señor. Me habría gustado ver a la señora Rushford, pero si no se encuentra disponible…

—Me temo que mi cuñada se encuentra algo indispuesta en estos momentos. ¿Puedo serle de ayuda?

—Si es tan amable… Se trata de un asunto muy delicado y agradecería sus consejos. Pero antes que nada, ¿sería posible que me presentara a estas señoritas? —ignoró a India y se giró hacia Letty con una mirada interrogativa.

—Discúlpeme, señor. Éstas son mis sobrinas.

India… a quien acaba de conocer. Y Letitia, su hermana menor.

India hizo una reverencia, pero la atrevida mirada de lord Isham provocó que Letty se sonrojara.

India sintió deseos de abofetearla. ¿Por qué tenía que mostrarse su hermana tan... abrumada ante la presencia de aquel hombre? La agarró de la mano y, tras murmurar una disculpa, la sacó de la habitación.

—¿Cómo se te ocurre avergonzarte? —le preguntó nada más salir.

Letty la miró horrorizada.

—India, lo estabas fulminando con la mirada.

—¿Y te sorprende? ¿Cómo se ha atrevido a venir aquí? Es una ofensa intolerable.

—Pero, cariño, no sabemos por qué ha venido…

—Seguramente porque quiere su dinero. No puede haber otra razón. Sin duda ya ha visitado Grange y se siente estafado.

—Eso no es extraño. Es una finca muy pobre. Hace años que no se invierte en ella ni un penique…

—Ésa no es la cuestión. Lord Isham la ganó al juego, y eso debería bastarle.

India siguió rumiando su ira mientras subía corriendo al dormitorio de su madre, pero su expresión se suavizó en cuanto vio a la pálida fi-

gura en la cama con dosel. La señora Rushford tenía los ojos cerrados y el médico se llevó un dedo a los labios.

—No la molestes. Le he dado un calmante para que pudiera dormir. Se sentirá mejor cuando despierte.

—Parece muy enferma —murmuró Letty, ahogando un sollozo—. ¿Se… se va a morir?

—¡Claro que no, tontita! Tu madre ha sufrido un ataque de nervios, nada más. Dadle tiempo para que se recupere de la tensión de estos últimos meses y pronto volverá a estar bien.

El doctor agarró su maletín y salió del dormitorio.

—Deberíamos decírselo al tío —dijo India. Miró por la ventana y vio que el coche de Isham seguía aparcado junto a la entrada—. ¡Maldito sea! ¿Qué estará haciendo abajo?

Letty se echó a reír.

—Puedes dar gracias de que mamá esté dormida. De lo contrario se espantaría por oírte maldecir en voz alta.

—Lo siento, pero esa sabandija acabaría con la paciencia de un santo. ¿Has visto cómo nos miraba? Es como si hubiera estado examinando a su ganado.

—Lo sé, pero ya conoces su reputación —dijo Letty—. Los rumores de Londres…

—Oh, ¿te refieres a su bailarina de ópera?

¿Esa ave del paraíso? Isham puede permitirse regalarle una casa, joyas y coches. Se dice que esa mujer es la última de muchas, pero nadie se fijaría en él si no fuera por su riqueza.

Letty se puso colorada de vergüenza.

—Las casamenteras han perdido toda esperanza con él. Dicen que nunca se casará con nadie.

—¿Quién iba a quererlo? No me extraña que intente comprar el afecto de las mujeres. Nunca he visto a un hombre más horrible. Por su aspecto podría ser un gitano, o un pirata. Sólo le falta un pendiente de oro en la oreja.

—No es tan feo, India —se apresuró Letty a protestar—. Su piel es oscura, pero sus ojos son muy bonitos.

—Eres un modelo de caridad cristiana, mi querida hermana. Pero imagínate cómo tiene que ser su reputación para que ni siquiera su inmensa fortuna atraiga a las mujeres.

—Estoy segura de que no es por eso —dijo Letty, decidida a ser justa—. Creo que asusta a la gente, pero nada más. Su mirada es tan... tan atrevida y desvergonzada. Me hizo sentir como si estuviera desnuda. Sólo quería salir de allí corriendo y esconderme.

—Oh, Letty, ¿por qué tienes que ser tan tímida? No podemos hacerle ver que nos importa su opinión. Mi intención es tratarlo con el desprecio que se merece.

Letty se estremeció.

—¿No deberíamos bajar a despedirnos?

—¡De ningún modo! No le importamos lo más mínimo a lord Isham. O mucho me equivoco o piensa que las mujeres sólo servimos para una cosa…

Letty volvió a ruborizarse, pero enseguida soltó un suspiro de alivio.

—Oh, India, ya se marcha. Gracias a Dios… —dijo, al ver que el carruaje había desaparecido—. ¿Bajamos?

—Espera un momento, Letty. Seguro que el tío nos preguntará sobre nuestros planes. ¿Tienes alguna idea?

—No se me ocurre nada —respondió Letty—. No podría dar clases, ni aunque la señora Guarding me ofreciera un puesto en la escuela. Tal vez me contrate como dama de compañía, pero eso significaría marcharme de casa —dijo con labios temblorosos.

—No te angusties, cariño. Eres muy hábil cosiendo, no como yo, y cantas muy bien. Podrías dar clases de música.

—No sé… Es posible que la señora Guarding no pueda ofrecernos nada a ninguna de las dos. En cualquier caso, al tío no le gustará nada.

—No, no le gustará —corroboró India—. Culpa a la señora Guarding por las ideas revolucionarias de Hester, aunque eso es muy injusto.

Hester es muy capaz de pensar por sí misma, independientemente de lo que aprenda —soltó una risita—. El tío quiere que yo intente convencerla para que adopte un comportamiento más adecuado. Es decir, para que vaya pensando en casarse.

—Ojalá tengas suerte —dijo Letty alegremente—. ¿Iremos hoy a visitarla? Nos podría contar muchos cotilleos.

—Claro que sí. El tío nos llevará, aprovechando que mamá estará durmiendo durante varias horas. El cambio te sentará bien.

—Estupendo. Últimamente sólo hemos tenido preocupaciones y amarguras —dijo Letty con expresión triste—. Tenía la esperanza de recibir noticias de Oliver, pero creo que puedo olvidarme de cualquier compromiso. Seguramente se haya tomado mis palabras al pie de la letra.

—¡Tonterías! ¿Es que no tienes ninguna fe en él? Si te ama de verdad no renunciará tan fácilmente. Y ahora ve a arreglarte y bajaremos a oír lo que el tío tenga que decirnos. Seguramente Isham le ha aconsejado que nos envíe a las minas de sal para ganarnos el pan.

Aquella ridícula posibilidad consiguió arrancar una sonrisa de labios de Letty.

—Crees a Isham capaz de cualquier cosa —bromeó, siguiendo a su hermana por las escaleras.

Pero India no estaba preparada para las noti-

cias que sir James les reservaba. Parecía tan serio que las dos chicas se estremecieron al verlo.

—¿De qué se trata? —preguntó India—. ¿Isham quiere recibir más? No nos queda nada para darle...

—Sentaos, por favor. No se trata de eso, pero lo que tengo que deciros os concierne a las dos. Lord Isham ha venido para haceros una proposición... a cada una de vosotras. Quiere que decidáis cuál de las dos está dispuesta a ser su novia.

Dos

India se quedó tan aturdida que por unos segundos fue incapaz de articular palabra. Finalmente, consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Qué es esto, tío? ¿Una especie de castigo por nuestro comportamiento con lord Isham? Desde luego, no podrías haber elegido una manera más eficaz para darnos un susto de muerte. La amenaza es horrible, aunque tu intención sólo sea tomarnos el pelo.

—No estoy bromeando, India. Su señoría ha hecho una oferta muy seria, y debo pediros que la consideréis como tal.

India lo miró sin poder creerse lo que oía.

—¡No puedes hablar en serio! Si ésta es la idea que tiene lord Isham de una broma es que tiene peor gusto del que imaginaba. ¿No nos ha

causado ya bastante daño? ¿Qué necesidad tiene de burlarse de nosotras? Espero que lo hayas echado de casa.

—No, no lo he hecho. No se trata de ninguna broma. Comprendo que pueda ser un golpe muy duro, querida, aunque he de decir que tu comportamiento con lord Isham ha dejado mucho que desear. No esperaba una falta de cortesía semejante en mi familia.

—¿Falta de cortesía? —gritó India—. Ese hombre es nuestro enemigo. ¿Qué querías, que lo colmáramos de lisonjas y atenciones?

—Me decepcionas, India. ¿Tengo que recordarte otra vez que Isham no obligó a tu padre a jugar con él? Sé razonable y no pierdas los nervios.

Hablaba con severidad, pero India estaba demasiado afectada para ocultar su disgusto.

—No puedo creer que estés hablando en serio. Nunca había oído una oferta semejante. ¿Estás diciendo que a Isham le da igual una que otra? Es demasiado humillante, tío. Y perdóname si dudo de sus motivos.

—Ya no eres una niña, India. La oferta es insólita, cierto, pero Isham necesita un heredero. Si algo le ocurriera, su título y sus posesiones irían a parar a su hermanastro, Henry Salton, quien no se merece ni... —dejó la frase sin terminar.

India se esforzó por recuperar un atisbo de compostura.

—Así que Isham necesita un heredero. Eso lo puedo entender, pero ¿por qué tenemos que dárselo Letty o yo? Todas las madres de chicas solteras de Londres llevan años intentando cazarlo. Podría elegir entre una docena de jóvenes.

—Lamento comprobar hasta qué punto piensas mal de él. Isham es muy consciente de vuestra situación actual, India.

—¿Quieres decir que esta oferta es una muestra de caridad? ¿Lo hace para limpiar su conciencia? ¡Me imagino la pobre opinión que tendrá de nosotras! Por mí, puede ir con su oferta de puerta en puerta…

—No estás diciendo más que tonterías. Sólo te preocupa tu propio orgullo. ¿Qué hay de tu madre y de Letty?

India miró a su hermana y se quedó horrorizada. Letty parecía al borde del colapso, pero se esforzó por hablar.

—El tío tiene razón —susurró—. Si las intenciones de su señoría son honestas, debemos tomarlo en serio.

—Eso es, querida —dijo sir James—. Debéis escuchar lo que tengo que deciros antes de rechazar la oferta. Isham está dispuesto a ser muy generoso. Dejará Grange en manos de su novia. Vuestra madre podrá volver allí con una cuantiosa pensión que le permitirá vivir cómoda-

mente. A vosotras se os devolverá la parte que os corresponde, más una cantidad adicional, y la futura señora Isham disfrutará de muchas otras ventajas y libertades.

—¡Está intentando comprarnos! —exclamó India con indignación—. Mamá no lo permitirá.

—Por favor, India, intenta comportarte como es debido y no tenses más la cuerda. Tengo intención de hablar con vuestra madre cuando se recupere. Mientras tanto, te pido que te abstengas de hacer más comentarios. Como Letty ha señalado, no se puede criticar a un hombre que sólo intenta arreglar una situación que además no es culpa suya.

India agachó la cabeza.

—Me he apresurado en sacar conclusiones —admitió—. Pero esta oferta es tan… informal. Es como si le valiera cualquier mujer.

—Eso no es así, y lo sabes. Isham tiene treinta y cinco años. Podría haber escogido cualquier novia en los últimos quince años.

India se lamentaba de que no lo hubiera hecho, pero no quería contrariar más a su tío.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó.

—Isham se quedará esta noche en Grange y volverá mañana para recibir una respuesta.

—¿Tan pronto? —exclamó Letty con voz ahogada—. ¿No piensa darnos más tiempo para pensarlo?

—Parece que no. Ahora debo marcharme, pero volveré esta noche. Espero que vuestra madre se sienta mejor para entonces y podamos seguir hablando del asunto.

Cualquier idea de visitar a Hester se había esfumado de la cabeza de India. Se despidió distraídamente de su tío y permaneció un largo rato sentada en silencio.

La voz de Letty la devolvió finalmente al presente.

—¿Qué vamos a hacer, India? —preguntó con un hilo de voz y con sus grandes ojos azules abiertos como platos.

—Nada, cariño. No hay nada que temer. Mamá se quedará tan horrorizada como nosotras cuando se entere de esta oferta y no querrá saber nada del asunto.

Pero India se equivocaba. Aquella noche entró en la habitación de su madre y se la encontró hablando con sir James. Isabel Rushford parecía más animada de lo que había estado en meses y saludó a sus hijas con una radiante sonrisa.

—¿No os parece maravilloso, queridas mías? Es todo lo que siempre había esperado para vosotras. Ni siquiera en Londres me había atrevido a apuntar tan alto… —alargó los brazos hacia sus hijas—. Decidme, ¿cuál de las dos será? Seguro que lo habéis decidido mientras yo estaba durmiendo.

—No hemos hablado de otra cosa —dijo India, mirando asombrada a su madre—. Por favor, mamá, piénsalo detenidamente. Es una locura. ¿Qué sabemos de Isham, aparte de que nos ha dejado en la ruina?

La señora Rushford dejó de sonreír al instante.

—Isham no nos ha dejado en la ruina —dijo con voz cortante—. Eso fue obra de tu padre. Oh, ya sé que para ti era poco menos que un dios —soltó una áspera carcajada—. Pero ahora ya sabes cómo era realmente. ¿Una locura, dices? Tu padre era el loco. En cuanto a la oferta de Isham, tu tío y yo estamos de acuerdo. ¿Vas a desoír nuestra opinión?

India no dijo nada, pues su madre no había acabado.

—Quizá pienses que Isham no es lo suficientemente bueno para ti, pero te recuerdo que no has recibido muchas proposiciones entre las que poder elegir.

India se mordió el labio y apartó la mirada, dolida por el cruel comentario.

—No perdamos la cama, Isabel —dijo sir James suavemente—. Tus hijas no conocen el mundo como nosotros, y esta oferta ha sido un choque emocional para ellas. Tienen derecho a saber algo más de lord Isham antes de tomar cualquier decisión.

Letty le sonrió. La aterraba convertirse en la novia de Isham, pero no soportaba los ataques hacia su hermana.

—¿Puedes contarnos más, tío James? —le pidió—. Sabemos muy poco de su señoría.

Su madre intervino antes de que sir James pudiera hablar.

—Muy bien, niñas. Lord Isham tiene una reputación impecable, y su familia es una de las más antiguas del país. Y supongo que habréis oído hablar de su fortuna...

—Sí. ¡y también de su bailarina! —declaró India, dispuesta a plantar cara.

—¡India! —exclamó su madre con un chillido de espanto—. ¿Cómo te atreves? ¡Y delante de tu tío!

—El tío sabe que ya no soy una niña. Así me lo dijo esta mañana.

—Es posible, pero una chica soltera no puede hablar de esas cosas. ¡Estoy horrorizada!

—¿Te horrorizas por mis palabras pero no por la proposición de Isham, madre? —preguntó India, ahondando aún más en su imprudencia. Ya estaba sumida en una profunda desgracia, pero ahora luchaba por su supervivencia y por la de Letty.

Reconoció la expresión de intransigencia en la mueca de su madre. A pesar de su debilidad, la señora Rushford estaba decidida a salirse con la